

El estado de ruina del cristianismo

1 Corintios 3

William KELLY

biblicom.org

No hay mayor peligro que el de olvidar el espíritu que corresponde a aquellos a quienes Dios ha mostrado su misericordia al dar una verdadera comprensión de lo que le corresponde en el actual estado de ruina del cristianismo. ¿No es una de las cosas en las que más debemos fijarnos que, el tono en el que usamos la verdad, sea el adecuado? Cuanto más aprendemos de Dios, más debemos cultivar la modestia de espíritu. Esto no significa que debamos ser indecisos en nuestras convicciones, sino que tengamos al mismo tiempo un correcto sentido de nuestra propia debilidad, y que estemos quebrantados en espíritu, recordando cómo la gloria del Señor ha sufrido por el fracaso de su pueblo. Sentimos lo mucho que ha caído la Iglesia y de dónde ha salido, pero no debemos desanimarnos. No hay ningún elemento de Cristo en la desesperación o la desconfianza. El Espíritu Santo nunca produce dudas. Como a veces hay una dificultad en las mentes acerca de lo que se llama “la ruina de la Iglesia”, unas pocas palabras pueden ser suficientes para describir el presente estado quebrantado de las cosas entre los que invocan el nombre del Señor.

Debemos tener en cuenta a la Iglesia desde dos puntos de vista: la Iglesia o Asamblea tal como fue edificada por Cristo; y tal como lo fue por el hombre, es decir, por sus siervos. La Asamblea edificada por Cristo nunca falla. «Las puertas del hades no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18). Pero lo que ha sido edificado por los siervos del Señor es siempre susceptible de ser dañado por elementos más o menos inútiles, o incluso peores. Puede sufrir de la mundanalidad, de la prisa, del descuido, del sentimiento carnal, de mil cosas según la naturaleza, que se permite actuar sin juicio, y así dejar los resultados para la vergüenza y la deshonra del Señor. De ahí que encontremos en los corintios materiales de los que el apóstol habla en tono de grave advertencia. Habían dejado entrar lo que no solo no era provechoso, sino que incluso se corrompía: «madera, heno, paja» (1 Cor. 3:12). Pero también podría haber un poder corruptor con la mano de la destrucción.

El que edificó lo que no tenía valor podría salvarse mientras su obra perecía, pero el hombre que profanó o destruyó la Casa de Dios, sería él mismo destruido por el juicio de Dios. Aquí es donde los hombres son los constructores. Así que vemos justificados ambos aspectos. Está la de la Asamblea de Dios aquí en la tierra, que está edificada por Cristo, y por lo tanto nunca falla, cuyas piedras están vivas, y de ninguna manera muertas. Por otra parte, está la mala ejecución, el servicio más o menos negligente, según el caso, ya sea de hombres malos que hacen lo que les conviene, o de hombres buenos que no son, en todo, guiados por Dios, y en consecuencia hay una acumulación de material inferior sin valor para Dios, que contamina su templo, y hasta ahora incurre en la carga de la confusión, del desorden y de la

debilidad. Es en esta última visión donde vemos las fuentes de la ruina que pronto alcanza a la Iglesia. Estos productos percederos: «madera, heno, paja», significan, creo, doctrina mal hecha o ligera que genera personas afines. Podría ser fácilmente ambas cosas, entonces, son principalmente doctrinas agradables a la carne, y por lo tanto atractivas para las personas en un estado carnal, tal vez hombres inconvertidos o naturales.

A algunos les parecerá difícil hablar de “la Iglesia en ruina”; pero, ¿por qué? No se acusa a Dios, sino solo al hombre. Dios llamó a Israel a salir de Egipto; sin embargo, Israel se convirtió en una ruina. ¿Por qué entonces debemos preguntarnos si el gentil no continuó en su bondad? Compárese con [Romanos 11](#), donde podemos ver lo poco que podía sorprenderse el apóstol ante tal pregunta. El principio está presente en todos los tratos entre Dios y el hombre. La criatura siempre falla, pero todo se convierte en gloria para Dios. No hay duda de que la Iglesia, como Israel, existe, pero en estado de ruina. ¿Acaso el protestante no la posee cuando piensa en la popularidad? el romanista, ¿cuando mira al protestantismo? Los hombres rectos y espirituales la poseen sin reservas.

Todo esto no es más que el caso de una verdad aún más general. El primer hombre cayó, y cayó universalmente. Pero hay otro gran hecho: el segundo hombre resucitó de entre los muertos y comenzó una nueva creación que nunca perecerá, ni siquiera fallará. Así que el mismo principio se aplica a lo largo y ancho, como siempre; en la medida en que tocamos la responsabilidad del hombre, vemos la ruina y la confusión. Todo el mundo la siente; toda persona piadosa e inteligente la posee, aunque no esté acostumbrada a la expresión, y por eso siente la dificultad, temiendo que comprometa la gracia y la fidelidad de Dios. Imposible amar a Cristo y a la Iglesia sin gemir.

Probablemente podría nombrar fácilmente a un alto dirigente eclesiástico conocido que, ocupando una zona eclesiásticamente alejada de la de muchos, como hombre piadoso, ha lamentado el estado actual de la Iglesia. Sin embargo, no podemos dudar de la verdadera piedad que reina en él, como tampoco en un corazón que ama a Cristo y a los que son suyos. Ahora bien, es imposible tener estos afectos divinos de una nueva naturaleza sin sentir que la presente situación es contraria a la gloria de Cristo. Confieso que me solidarizo incomparablemente más con los gemidos de un hombre así que con los que pregonaban el progreso del cristianismo en el siglo 19 y en el presente, y que esperan los triunfos del milenio como fruto de la obra de la Iglesia. ¿Cómo se puede simpatizar con tal insensibilidad ante la verdadera deshonra hecha al Señor? En realidad, aunque inconscientemente, está haciendo el

trabajo de Satanás.